

Hambre y poder

En el noveno círculo del Infierno, en Antenora, muy cerca del lugar donde abre sus fauces horribles Lucifer –de las que cuelgan, masticados a perpetuidad, los cuerpos de Judas, Bruto y Casio–, Dante sitúa a los *traidores políticos*, entre los que se cuenta uno cuya figura histórica el poema dantesco convirtió en legendaria: Ugolino della Gherardesca (ca. 1220-1289), Conde de Donoratico, Vicario de Cerdeña, Podestà y *capitano del popolo* de Pisa, ciudad natal de la que siempre aspiró a ser dueño y señor absoluto, aunque para ello tuviera que infestarla de luchas sectarias, debilitarla frente a las amenazas de los estados hostiles o humillarla con tratados de no beligerancia ignominiosos. En la Italia del *Duecento*, que conoció una de las formas históricas más intrincadas, violentas y crueles de partisanismo faccioso, el de güelfos y gibelinos, so pretexto del cual la conspiración, el fraude, la sedición, el asesinato, la masacre, el tumulto, el exilio y la guerra devinieron poco menos que en rutinas públicas y privadas, Ugolino dio sobradas muestras de excelencia en la práctica de la infamia política. De linaje rancio y prepotente, vinculado a la casa de los Hohenstaufen, luego tradicionalmente afecto a la causa gibelina que la ciudad de Pisa había hecho suya, el conde fue un hombre desaprensivo, pérfido e intrigante, dotado de cierta habilidad política y diplomática puesta casi siempre al servicio de su obsesiva ambición de conquistar el poder y mantenerse en él a cualquier precio. La traición por la que Dante estimó de justicia hundir a este turbio personaje en el hielo perenne de Antenora fue de hecho un delito de “lesa patria”. Ugolino, que por tradición familiar debía lealtad al partido imperial, que como *capofazione* gibelino soñaba con dominar su patria mayoritariamente gibelina, temiendo que la abierta hostilidad hacia Pisa de ciudades güelfas como Génova y Florencia le privara del poder o frustrara sus delirios tiránicos de grandeza, se conjuró con el líder de los güelfos pisanos, Giovanni Visconti, y entre ambos instigaron largos desórdenes contra el *podestà* que concluyeron con el arresto y el exilio de los principales conjurados. A esta traición siguieron otras, sospechables o probadas, una vez que Ugolino logró regresar a la ciudad y obtuvo de nuevo puestos de poder eminentes. Se cuenta así que en la batalla de Meloria (1284), en la que la flota genovesa diezmó gravemente a la pisana comandada por el conde, éste prefirió desertar antes que ayudar a los suyos o sucumbir heroicamente con ellos; que –para conservar el diumvirato que compartía con el hijo de su cómplice Visconti, Nino– cedió a la enemiga ciudad de Lucca castillos y fortificaciones de alto valor estratégico mermando no poco la capacidad defensiva pisana; que negoció una paz vergonzosa con Génova, tras el desastre de Meloria, en detrimento de su propia ciudad y de la liberación de los compatriotas que el estado victorioso había hecho prisioneros; que con el torvo propósito de expulsar del gobierno compartido a Nino llamó en su ayuda a las milicias de los Gualandi, los Sismondi y los Lanfranchi, poderosas familias gibelinas a las que tiempo atrás él mismo había perseguido y desterrado, y que, en suma, sus felonías no habrían tenido seguramente fin si en 1288 el arzobispo Ruggieri degli Ubaldini, jefe a la sazón de los gibelinos pisanos, no le hubiera tendido una trampa en la que el conde –no sin

derramamiento de sangre— cayó junto con dos hijos y dos sobrinos. Ruggieri hizo encerrar a todos ellos en la torre llamada de la Muda y más tarde ordenó que la llave de esta tétrica prisión fuera arrojada al Arno y se dejara morir de hambre a Ugolino y sus deudos.

Es antigua, es siniestra la idea de que, en el más allá, llegada la hora de la expiación final, cuando la muerte haya quién sabe si borrado diferencias que tenemos aquí por indelebles, víctimas y verdugos irán de la mano, ya unidos en agonía eterna por el deseo de venganza o la irredenta memoria del crimen perpetrado y padecido, ya hermanados y en paz por gracia de un perdón que, para ser perfecto, ha de hacer que a la reconciliación siga el olvido. Dante nos presenta a Ugolino y a Ruggieri en una variante despiadada de la primera tesisura: el conde se ceba con avidez bestial e insaciable en la nuca del arzobispo: «*La bocca sollevò dal fiero pasto quel peccator, forbendola ai capelli del capo ch'elli avea di retro guasto*» (Inf. XXXIII, 1-3). Los dos son, a su modo, traidores, pero el poeta, en un alarde genial de *atrocitas* distributiva, condena al arzobispo a sufrir la ferocidad caníbal del conde, de suerte que éste de víctima pasa a verdugo infernal, y aquél de verdugo real, a víctima. Esta inversión requiere con todo algún matiz. La escena de bestialismo antropófago con que se inicia el episodio de Ugolino muestra, de una parte, la *vendetta* brutal e interminable que correspondería como pena a Ruggieri por su crueldad ciega e inmisericorde para con los inocentes inmolados y, de otra parte, sugiere la detestable naturaleza del conde expresada en un carácter entre esencial y accidental: *el hambre de...* Ugolino y los suyos mueren de hambre, y es sabido que los versos dantescos abundan en imágenes carnívoras y voraces que alcanzan el clímax en el famoso verso «*Poscia, più ch'el dolor, poté 'l digiuno*» («Después, más que el dolor, pudo el ayuno»), cuya funesta ambigüedad ha sido interpretada o bien como indicación de que el conde, transido de dolor por la muerte de sus hijos, pereció también de inanición poco después, o bien —“más bien”, según muchos intérpretes— como afirmación de que al prisionero —famélico como una fiera olvidada en su jaula, rebajado a la condición de esa *belva snaturata* de que habla algún antiguo comentarista— le pudo más el hambre que el dolor, siendo así que, enajenado, embrutecido, habría comido de los cadáveres de su prole. Unos cuantos indicios propician, en efecto, esta sospecha. Encerrado ya largo tiempo en su prisión, Ugolino tiene un sueño en el que se ve a sí mismo y a sus hijos como un lobo con sus lobeznos (*il lupo e i lupicini*) a los que dan caza los Gualandi, los Sismondi y los Lanfranchi azuzando contra ellos perras ágiles y adiestradas que hieren con sus colmillos los flancos de las presas. (Señalemos de paso lo revelador, a efectos de bestiario e imaginario políticos, de una pesadilla en la que el conde es un “lobo”.) Movido por la aflicción y el pánico, Ugolino se muerde las manos al contemplar los rostros letalmente demacrados por el hambre de sus hijos, en los que ve reflejado el suyo y el terrible final que le espera. Los hijos, creyendo que el gesto de dolor de su padre obedece a la acuciante necesidad de alimento, le ofrecen —en un instante sobrecogedor de patetismo y entrega sacrificiales— sus carnes, puesto que, dicen, él “los revistió de ellas”: «*...Padre, assai ci fia men doglialse tu mangi di noi: tu ne vestisti/queste misere carni, e tu le spoglia*». G. Contini ha llamado la atención sobre la extrema tragicidad de este pasaje apelando a las *Derivationes Magnae* de Ugucione da Pisa, donde la tragedia se define como poema de “asunto crudelísimo”, «*sicut qui patrem interficit, vel comedit filium, vel e contrario*», y recordando el ofrecimiento en sacrificio de la carne filial al cuchillo del padre que aparece en una canción de gesta del s. XII, *Ami et Amile* (“Filología ed esegesi

dantesca”, en *Un’ idea di Dante*). La figura atroz de quien *comedit filium* remite, por lo demás, a la historia, trágica en grado aberrante, de Atreo y Tiestes, poetizada por Séneca en su *Thyestes* con una truculencia que Dante conocía y quizá tuvo presente en la escritura del episodio de Ugolino. Se trata, en todo caso, de una historia de traición entre hermanos y de venganza familiar repleta de sugerencias mitosimbólicas: Tiestes seduce a la esposa de Atreo (con la que tiene dos hijos) y éste, inducido por el espíritu furibundo de su abuelo Tántalo, se venga de su hermano matando a sus hijos y dándole a comer sus carnes en un “banquete de paz”.

Desde la breve evocación de Chaucer en el Hugelyn de “The Monk’s Tale” hasta las versiones pictóricas o escultóricas de Fuseli, Blake, Carpeaux o Rodin, a las que se añaden incesantes tentativas de interpretación entre las que cabe recordar –por su proximidad y tenor imaginativo– la de un Borges (“El falso problema de Ugolino”, en *Nueve ensayos dantescos*), la fascinación provocada por el personaje dantesco se ha centrado de preferencia en el intenso *pathos* trágico, no exento de reminiscencias “saturnianas” y “laocoontianas”, y, más aún, en la conmoción que despierta el horror atávico ante la insinuación o la suposición de un acto de canibalismo paterno-filial. Menor, casi nula, ha sido sin embargo la acentuación del contenido ético-político que encapsulan las imágenes del hambre, la brutalidad voraz y el fantasma de la antropofagia. «Todo lo que se come es objeto de poder», observa con su cruda perspicacia Canetti (*Masa y poder*). La devoración, la incorporación de otros cuerpos no llena sólo un vacío, no sólo satisface una necesidad vital, no conserva sólo y acrecienta la corpulencia, la fuerza física, la energía excedente de un individuo. Es también el medio primitivo –si se quiere salvaje, si se quiere patológico– de preservación, fortificación y potenciación del ego por cuanto pueda tener de codicia nunca del todo colmable, de ilimitada *libido dominandi*, de un ansia de poder sobre el otro que se torna absoluto en formas de fagocitación y asimilación no exclusivamente corporales. *Fame di potere*: no sería otra la depravación a la que se entregó en vida Ugolino y a la que, decantada en el modo más bestial de furia vengativa, le condena Dante tras la muerte. Traidor al fin traicionado, ultimado por el poder del hambre que termina por volverse mortíferamente contra su hambre de poder, el conde es “lobo para el hombre” en su sueño premonitorio, y en la fantasía punitiva dantesca, antropófago para siempre hambriento cuya rabia no encuentra otro alimento que su odio implacable. El hambre de Ugolino reconduce así a las figuras teriomórficas del poder, y en la imaginación de Dante la traición encubre, retrotraída a su fondo compulsivo más primario, la ética y la política del caníbal. De aquel que –por necesidad fatal e imperiosa, por exhibición monstruosa de su poder, o por devoción supersticiosa a un rito sanguinario– devora a los de su especie, incluso a los suyos, como el traidor que sacrifica a parientes, amigos, benefactores, compatriotas para alimentar su *hambre de...* En lo más hondo del infierno, Lucifer, él mismo traidor y caníbal supremo, tritura eternamente los cuerpos de quienes fueron para Dante traidores por antonomasia en “lo ético” y en “lo político” (Judas, Bruto, Casio). Trasunto fieramente humano de un animal social totémico, Ugolino prefigura esta escena tras la que se perfila la sombra del licántropo. La de aquel que se libra al poder del hambre y al hambre de poder. Hombre y fiera, traidor a su especie, depredador del prójimo: caníbal genuinamente político.

José Manuel Cuesta Abad